

SESSION 2011

---

**CAPLP  
CONCOURS EXTERNE  
ET CAFEP**

**Section : LANGUES VIVANTES – LETTRES  
ESPAGNOL - LETTRES**

**ÉCRIT 1  
ESPAGNOL**

Durée : 5 heures

---

*L'usage de tout ouvrage de référence, de tout dictionnaire et de tout matériel électronique (y compris la calculatrice) est rigoureusement interdit.*

*Dans le cas où un(e) candidat(e) repère ce qui lui semble être une erreur d'énoncé, il (elle) le signale très lisiblement sur sa copie, propose la correction et poursuit l'épreuve en conséquence.*

*De même, si cela vous conduit à formuler une ou plusieurs hypothèses, il vous est demandé de la (ou les) mentionner explicitement.*

**NB : Hormis l'en-tête détachable, la copie que vous rendrez ne devra, conformément au principe d'anonymat, comporter aucun signe distinctif, tel que nom, signature, origine, etc. Si le travail qui vous est demandé comporte notamment la rédaction d'un projet ou d'une note, vous devrez impérativement vous abstenir de signer ou de l'identifier.**

**Tournez la page S.V.P.**

### Commentaire guidé en langue étrangère

Una vez, poco después de casado, iba yo por la calle, un día entre tantos, cuando de repente se desata un tumulto. Hay gente que corre, se oyen voces, se oye un grito desgarrado, un chillido histérico, el vecindario se echa a los balcones, y cuando quiero darme cuenta también yo estoy corriendo hacia el centro de aquel revuelo, donde ya se ha formado un nutrido grupo de curiosos. Me asomo por entre las cabezas. En el claro del corro hay un hombre muerto. Es un obrero que se ha caído del andamio. Son cosas que pasan. Recuerdo por ejemplo -son esos datos nimios que se hacen fuertes en la memoria, no se sabe por qué- que el 16 de abril de 1999 el viento se llevó a dos obreros de un andamio en el polígono industrial de Getafe. Murieron los dos, y así contó el accidente la prensa y la televisión, que el viento se los llevó volando del andamio. Volando. Parece cosa de magia, ¿eh? Y es que la vida está llena de cosas fantásticas. Pues algo parecido le había pasado a éste. Un policía municipal le dictaba a otro los datos del finado: Agapito Otero Correa, 31 años, obrero, casado, hijo de Emilio y Soledad, natural de Albacete. Lo dictaba con mucho esmero, deletreando, temeroso de cualquier error, y el otro apuntaba con igual escrúpulo, silabeando lo dicho por el compañero, y entretanto allí estaba el muerto, la cintura descoyuntada, los brazos de pelele y la cara muy seria, muy reconcentrado en algo que ya no tenía nada que ver con los datos tan exactos, tan claramente pronunciados, de su filiación. Todos mirábamos a los policías y luego otra vez al muerto, como si nos asomáramos a él, como a un pozo sin fondo donde quisiéramos distinguir algo, una vaga forma moviéndose en el agua.

Enseguida empezaron a oírse algunos comentarios, tímidos al principio y luego más resueltos, más autorizados y llenos de razón. «No llevaba arnés», «Tampoco casco», «Ni siquiera la cincha del enganche», «¿Por qué no los obligan?», «Si es que a veces ellos mismos se buscan la ruina», «Yo al obrero que no cumpliera las normas de seguridad, le multaba». Un perro se acercó a olfatearlo y un espectador le dio con la puntera del zapato en el hocico. «¡Oiga, usted a mi perro no le toca!» «¿Pero no ve que iba a lamerle la sangre?» «Mire, como vuelva a tocarle, le doy un par de hostias.» «Señores, un respeto», dijo alguien, y se sosegó el corro. Un empleado de la obra trajo un saco de plástico y le cubrió la cara al muerto. «Qué desgracia.» Y por cuatro perras además.» «Sí, pero de algo hay que vivir.» «Y los millones, para el constructor y los concejales.» «En este país hay mucha especulación.» «Todos los oficios tienen sus riesgos.» «Unos más y otros menos.»

Al poco llegó una unidad de televisión y el reportero pidió espacio para trabajar. «¡Ábranse, ábranse!», dijo uno de los policías. El corro se abrió en hemiciclo. El cámara empezó a filmar y el reportero a hablar.

Allí nadie sabía nada de cómo había ocurrido el accidente, ni tampoco los otros obreros conocían al accidentado. «Llevaba sólo unos días en la obra.»

Entonces yo miré otra vez al muerto y me entraron ganas de llorar, ya me conoce, unas ganas purificadoras y sinceras, y debí de llorar de veras porque enseguida el reportero lo advirtió y se dirigió a mí, seguido por el cámara. «¿Conocía usted a la víctima?», me preguntó, y me puso el micrófono en la boca. «Sí, era amigo mío», dije yo, y rompí en sollozos. No me pregunte usted por qué lo hice. Supongo que por solidaridad ciudadana, porque vi que aquella gente necesitaba algo más para enriquecer el drama del que eran espectadores.

Y también por el muerto, por acompañarlo en su soledad, porque en aquel momento yo me sentía de verdad amigo de aquel hombre, de Agapito Otero Correa, que aquella mañana se habría levantado tan alegre y dispuesto y que ahora estaba allí tirado en la acera, hecho un guiñapo, convertido en nada, en morbosa curiosidad para un grupo de ociosos. Y pensé en sus padres, Emilio y Soledad, que lo habrían mimado de niño, y en la emoción con que habría esperado a los Reyes Magos, y en la Primera Comunión, y en los juegos y en los amigos, y luego la novia, y las ilusiones de la juventud, ¿y todo para qué? Qué triste, qué injusto, qué cruel y qué absurda era la vida, y me llevé las manos a la cara y no paraba de decir: «¡Pobre, pobre Agapito!». La gente me había rodeado, y uno me puso la mano en el hombro, otro me dio unas palmaditas en la espalda, otro me ofreció un clínex, una mujer rompió también a llorar, y el reportero seguía con el micrófono tendido, grabándome el llanto, y yo sentí que no debía defraudarlos, así que me enjuagué las lágrimas, me soné y me puse a hablar de Agapito, todo lo sentidamente que pude. «Era el hombre más alegre del mundo, y el más bueno, y el más humilde, y el más gracioso, y el que más valía de todos nosotros, sus amigos y conocidos. Porque Agapito valía un montón. Y no sólo por sus cualidades morales. Es que además era un artista y hubiese triunfado en el mundo del espectáculo de haber tenido una oportunidad. Pero no se la dieron... ¡Pobre, pobre Agapito!» «En este país a los artistas no se les considera», sentenció uno. (...) «A lo mejor ha sido un suicidio», aventuró alguien. «Yo he oído decir que hay muchos artistas que se suicidan.» «¡Joder, que usted no le toca a mi perro!, ¡que no me sale a mí de los huevos que usted toque a mi perro!», volvió a oírse entonces, hubo un conato de agresión, se echó el perro a ladrar, se pusieron a vocear otros, y en ese momento sonó la sirena de una ambulancia y ahí concluyó la escena.

**Luis LANDERO**, *Retrato de un hombre inmaduro*, Tusquets Editores, col. Andanzas, Barcelona 2009, pp.196-199.

1. Aprecie y comente el arte de la escritura de Landero que transforma un acontecimiento trivial en algo extraordinario.
2. ¿En qué medida se puede hablar para este fragmento de sátira social?
3. ¿Qué visión del mundo nos brinda el autor y por qué?

## Version

Está el Curro enfadado con Ana porque no le ha dejado ponerse su chaquetilla diminuta, esa chaqueta de cuero con cremallera a lo punk con la que se siente guapo. Pero Ana temió que aún hiciera frío y con fervor maternal le ha colocado el anorak rojo y azul que el niño odia. De modo que ahora está rabiando, tiene uno de esos enfados colosales que sabe almacenar en su menudo cuerpo y desde que han bajado del autobús camina con aire orgulloso tres pasos detrás de ella, como si fuera solo por la calle, poniendo cara de « no-conocer-a-esa-estúpida ». Al doblar la esquina, sin embargo, suceden dos acontecimientos. Uno, que aparece un perro enorme, un animalote de cabeza peluda y cuadrada que se acerca a olisquear al Curro con intenciones evidentemente amables, que el niño, sin embargo, malinterpreta desde la perspectiva perdedora de su estatura, de modo que, olvidando sus dignidades, pega una carrerita para agarrarse ávido y desvalido a la mano materna. Y dos, que allí a lo lejos, frente al edificio de *Noticias*, se ve una masa de gente, coches policiales, luces parpadeantes y silenciosas, grises con cascos que hacen gestos expeditivos. Y así, no se sabe quién agarra a quién con más susto y desolación, si Curro a su madre o Ana al niño, y apresuran el paso y alcanzan los primeros grupos, la gente está de pie en la calle, unos tienen cara de preocupación y otros hacen bromas. Romero, el dibujante, recibe a Ana con amplia sonrisa, nada tía, que nos han puesto una bomba, lo de siempre, nos han echado a todos y ahora están investigando, una delicia, y Ana se angustia un poco, vaya un día que ha escogido para traer al niño. Curro se mantiene extrañamente callado y formal, bien agarrado a su mano, intuyendo quizá lo extraordinario del ambiente.

**Rosa MONTERO**, *Crónica del desamor*, 1979, pp. 86-87.